

ÉL TENIA QUE RESUCITAR DE LOS MUERTOS - Comentario al Evangelio de P. Ricardo Pérez Márquez OSM

Jn 20,1-9

El primer día de la semana, María Magdalena fue de mañana, siendo aún oscuro, al sepulcro, y vio quitada la piedra del sepulcro. Entonces corrió y fue a Simón Pedro y al otro discípulo, aquel a quien amaba Jesús, y les dijo: -- Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo han puesto. Salieron Pedro y el otro discípulo y fueron al sepulcro.

Corrían los dos juntos, pero el otro discípulo corrió más aprisa que Pedro y llegó primero al sepulcro. Y, asomándose, vio los lienzos puestos allí, pero no entró. Luego llegó Simón Pedro tras él, entró en el sepulcro y vio los lienzos puestos allí, y el sudario, que había estado sobre la cabeza de Jesús, no puesto con los lienzos, sino enrollado en un lugar aparte. Entonces entró también el otro discípulo que había venido primero al sepulcro; y vio, y creyó, pues aún no habían entendido la Escritura: que era necesario que él resucitara de los muertos.

Ninguno de los evangelistas nos cuenta como fue la Resurrección de Jesús sino que relatan lo que sucedió después; como la comunidad ha podido sentir la presencia del Señor resucitado.

El evangelio de este domingo de Resurrección, relato según el evangelista Juan, nos presenta una comunidad de discípulos que anda desorientada. Nos cuenta Juan, que María Magdalena cuando fue al sepulcro y vio la losa quitada, salió corriendo para buscar a Pedro y al discípulo que Jesús quería. Les dijo: “Se han llevado al Señor del sepulcro y no sabemos dónde lo han puesto”. Esta es una comunidad que no es capaz de comprender las señales que ahora se muestran en una tumba vacía ni de poner en práctica el mensaje de Jesús que ya les había explicado que la muerte no acabará con su vida.

El episodio termina diciendo que estos discípulos “aún no habían entendido aquel pasaje en donde se dice que tenía que resucitar de la muerte”. Una comunidad que ha perdido el camino, incapaz de comprender y no se abre todavía a la luz de una vida que ha sido tan fuerte hasta el punto de superar a la misma muerte.

Por otro lado es una comunidad que anda dispersa. Los discípulos se han desperdigado y dividido. La muerte de Jesús ha sido un factor de dispersión y de huida para evitar no acabar

como acabó el maestro. Por esto María de Magdala tendrá que buscar a esos discípulos para darles estas informaciones sobre lo visto al encontrar la tumba vacía. Llevará a cabo la misión de convocar de nuevo a los discípulos. Será esta la función de la comunidad, a partir de ahora. Ser convocada en el nombre del Señor resucitado, aunque por ahora estos discípulos no sean capaces de entender lo sucedido.

El evangelista Juan sitúa todo el episodio de manera importante, colocándolo en el primer día de la semana. Es el primer día de una era nueva. La creación completa que ha acabado su plenitud en la persona de Jesús, el hombre que ha llevado a su madurez total esa humanidad manifestada con su misma vida. Es el primer día de la nueva creación en donde la muerte no tiene ya ningún poder sobre la vida de los seres humanos.

En este primer día, es por la mañana, cuando María de Magdala se acerca al sepulcro, dice el evangelista, todavía en tinieblas. Las tinieblas en el evangelio de Juan tienen un valor muy negativo pues se asocian al adversario, a la muerte, a todo aquello que se opone al proyecto del Padre. Esto quiere decir que para María Magdalena como para el resto de los discípulos, la muerte de Jesús no había sido entendida. Se veía como un desastre total, punto y final para las esperanzas, inquietudes y deseos profundos que estos discípulos llevaban cuando acompañaban a Jesús en su camino. Estas tinieblas tendrán que ser disipadas con la luz del resucitado.

Pero por ahora la comunidad no es capaz de librarse de esto. Por eso el primer día de la semana que es día después del sábado, el séptimo día, nos habla de una comunidad que está muy apegada a estas tradiciones de observancia, por lo que María Magdalena irá al sepulcro al pasar el sábado, para decir que ella lo ha respetado también. La tiniebla es causa de esta mentalidad apegada a una tradición religiosa, a una serie de observancias propagadas por la Ley, que no permiten al ser humano ser libre y abrir los ojos para comprender que la muerte no había sido el final de la vida del Maestro.

María Magdalena al ver la losa quitada del sepulcro pensó que habían robado el cuerpo del Señor. Es incapaz de leer las señales que ya el evangelista había colocado en el episodio de Lázaro cuando Jesús había dado la orden: quitar la losa, esa división que se había puesto entre el mundo de los vivos y de los muertos. En el proyecto del Padre no existe tal división, pues Dios ha querido comunicarnos en Jesús una propuesta de vida donde la muerte no tiene poder alguno sobre la vida de las personas.

María Magdalena no es capaz de comprender todavía esta señal, por lo que asustada corre a llamar a Pedro y el discípulo que Jesús quería, para dar esta noticia. Para María Magdalena la muerte ha sido el final de todo, y ahora intenta saber dónde está el cadáver. No piensan que de la tumba vacía se pueda interpretar el triunfo de la vida sobre la muerte.

Pedro y el otro discípulo saldrán corriendo para comprobar lo dicho por María Magdalena, y aunque corrían los dos juntos, el discípulo que Jesús quería se adelantó y llegó primero, antes que Pedro al sepulcro, se asomó y vio puestos los lienzos. Los lienzos no tienen nada que ver con el ritual de los muertos. Recuerdan a las sábanas del tálamo nupcial. En esa tumba la

muerte no ha tenido poder. Ha sido como un lecho del que ha nacido la vida nueva, en el que ha florecido una vida que la muerte no podrá nunca sofocar.

Pero el discípulo que Jesús quería no entró en el sepulcro. Llegó Simón Pedro que sí entró en el sepulcro y contempló los lienzos y el sudario (que era lo que realmente caracterizaba al ritual de la muerte), que había cubierto su cabeza, no puesto con los lienzos que dan señales de vida, sino aparte envolviendo determinado lugar. El sudario que recuerda la muerte no está junto con los lienzos, signos de amor y vida.

Aunque Jesús haya recibido una muerte terrible y sufrido el abandono y el rechazo total (de esto habla el sudario), esta muerte no le ha quitado la posibilidad de dar a conocer la riqueza de un amor que fecunda la vida misma, haciéndola de una cualidad tal que la muerte ningún poder tiene sobre ella.

Entonces, añade el evangelista, al fin entró el otro discípulo, el que había llegado primero al sepulcro. Vio y creyó. Este discípulo ha comprendido que en aquella tumba vacía la muerte no había puesto sus sombras, sino que en aquellos lienzos se podía reconocer el triunfo de una vida, que era propio coronar, de una realidad de amor con la cual Jesús había dado a conocer el proyecto del Padre.

Aún así, los discípulos se retirarán sin haber comprendido el pasaje en que se decía que tenía que resucitar de la muerte. Para los discípulos, tendrá que ser la experiencia del Cristo resucitado cuando se muestre presente en medio de ellos, lo que realmente les abrirá los ojos para comprender que la muerte no podía triunfar y que la vida ha sido mucho más potente que toda esa violencia y odio con el cual Jesús había sido quitado de en medio.

La resurrección se puede experimentar cuando seamos capaces, como Jesús, de dar la vida por los demás. La resurrección no se comprende leyendo un libro de teología o con la razón, sino desde la experiencia de fe profunda cuando en nuestra misma carne pasa ese mensaje que nos hace poner en el centro de nuestra vida el bien de los demás. Cuando se vive el mensaje de Jesús de esta manera ya podemos comprender el valor de la resurrección y sentimos que esa vida capaz de triunfar sobre la muerte ya brilla en nosotros y podemos sentir al Cristo resucitado en medio de nosotros, acompañándonos, guiándonos, mostrándonos el camino que haga posible el cumplimiento final, la actuación total del proyecto del Padre.